

Por la autora de *Entre tonos de gris*

RUTA SEPETYS

Lágrimas *en el mar*

Traducción:
ÁLVARO ABELLA



MAEVA

DINAMARCA

SUECIA

MAPA DE 1945

General von Steuben

Bornholm
(DINAMARCA)

Kiel

Sassnitz

Berlin

ALEMANIA

Heidelberg





LETONIA

Mar Baltico

*Wilhelm
Gustloff*

Goya

Birzai

LITUANIA

Pillau

Tilsit

Kaunas

Vilna

Insterburg

Königsberg

Nemmersdorf

Gotenhafen

PRUSIA
ORIENTAL

Frauenburg

Varsovia

POLONIA

Leópolis

CHECOSLOVAQUIA

Personajes protagonistas

Joana

Es conocida en el grupo de refugiados como la enfermera guapa o la lituana guapa. Es empática y trata de ayudar al grupo en todo momento con su formación como enfermera. Desde su huida de Lituania hace cuatro años, gracias al sacrificio de su madre, arrastra una pesada carga relacionada con su prima Lina.

Florian

Es un hombre alto, de porte noble y apuesto, que lucha por ocultar su pasado como soldado. También es un artista excepcional. El grupo desconfía de él ya que sospechan que puede ser un desertor. Pero Joana fuerza que lo acepten pues se encuentra herido.

Emilia

Una joven polaca, nacida en Leópolis, de pelo rubio y ojos azules, que está embarazada. Su padre la envió a Prusia Oriental confiando que estuviera más segura, pero tuvo que huir cuando se produjo la matanza de Nemmersdorf. No quiere confesar la identidad del padre de su futuro hijo.

Alfred

Un marino alemán de la armada nazi que trabaja en el Wilhelm Gustloff preparando la evacuación. Escribe mentalmente constantes cartas a su amada Hannelore, una antigua vecina de la que está enamorado. Es un joven fanático y cobarde que ha asumido como propias las teorías racistas y homófobas de Hitler.

Los supervivientes no somos los verdaderos testigos. Los auténticos testigos, aquellos en posesión de la verdad inconfesable, son los ahogados, los muertos, los desaparecidos.

– PRIMO LEVI

joana

El remordimiento es un depredador.

Mi conciencia se burlaba de mí, buscando pelea como un niño bravucón.

«Es todo por tu culpa», susurraba la voz.

Apreté el paso y me reincorporé a nuestro pequeño grupo. Los alemanes nos echarían de la calzada si nos encontraban. Las carreteras estaban reservadas para el ejército. No se había dado la orden de evacuación y a cualquiera que huyera de Prusia Oriental se le consideraba un desertor. Pero ¿qué más daba? Ya me convertí en desertora hace cuatro años, cuando escapé de Lituania.

Lituania.

Me marché en 1941. ¿Qué estaría pasando en mi tierra? ¿Serían ciertas esas cosas terribles que se murmuraban en las calles?

Nos acercábamos a una loma al costado de la carretera. El crío que iba delante de mí soltó un gemido y señaló algo. Se nos había unido un par de días antes, cuando apareció vagando solo por el bosque y comenzó a seguirnos en silencio.

«Hola, pequeñín. ¿Cuántos años tienes?», le pregunté.

«Seis», contestó.

«¿Con quién viajas?»

Hizo una pausa y agachó la cabeza.

«Con mi *omi*.»

Me giré hacia los bosques para ver si aparecía su abuela.

«¿Dónde está tu *omi* ahora?», pregunté.

El pequeño vagabundo alzó la cabeza y me miró, con sus ojos claros muy abiertos.

«No se ha despertado.»

De modo que ahora el niño viajaba con nosotros, en ocasiones se adelantaba o se quedaba un poco rezagado. Y ahora se había detenido y señalaba un trozo de lana oscura que aleteaba bajo un montoncito de nieve como merengue.

Indiqué al grupo que siguieran caminando y, cuando todos habían pasado, corrí hacia el bulto cubierto por la nieve. El viento levantó una capa de copos helados dejando al descubierto el rostro sin vida y azulado de una mujer; probablemente, de unos veinte años. Tenía la boca y los ojos completamente abiertos, congelados de terror. Excavé en busca de sus bolsillos helados, pero ya los habían saqueado. En el forro de la chaqueta encontré su documentación. Me la guardé en el abrigo para entregársela a la Cruz Roja y saqué a rastras su cuerpo de la carretera para depositarlo en el campo. Estaba muerta, totalmente congelada, pero no podía soportar la idea de que los tanques le pasaran por encima.

Regresé corriendo a la carretera y me reincorporé al grupo. El pequeño vagabundo permanecía inmóvil en medio de la calzada, con la nieve cayendo a su alrededor.

—¿Ella tampoco se despertó? —preguntó en voz baja.

Sacudí la cabeza y agarré su mano cubierta por una manopla.

Entonces, los dos lo oímos en la lejanía.

Bang.

florian

El destino es un depredador.

Los motores zumbaban como un enjambre sobre nuestras cabezas. *Der Schwarze Tod*, «la muerte negra», los llamaban. Me escondí entre los árboles. No se veían los aviones, pero los podía sentir. Cerca. Rodeado de oscuridad, por delante y por detrás, sopesé mis opciones. Hubo una explosión y la muerte se acercó lentamente, enroscándose a mi alrededor con sus dedos de humo.

Corrí.

Mis piernas respondían temblorosas, adormecidas, desconectadas de mi mente, que en cambio corría disparada. Yo les ordenaba que se movieran, pero mi conciencia se aferraba a mis tobillos y me clavaba con fuerza al suelo.

«Eres un jovencito talentoso, Florian.» Eso decía Madre.

«Eres prusiano. Toma tus propias decisiones, hijo», decía mi padre.

¿Habría aprobado mi padre mis decisiones, esos secretos que ahora cargaba a mis espaldas? ¿En medio de esta guerra entre Hitler y Stalin, Madre seguiría considerándome talentoso, o un criminal?

Los soviéticos me matarían. Pero ¿qué tortura me aplicarían primero? Los nazis me matarían, pero solo si descubrían el plan. ¿Cuánto tiempo seguiría siendo un secreto? Las preguntas me daban impulso y avancé a toda prisa por el bosque frío, esquivando ramas. Con una mano me asía un costado, y con la otra agarraba la pistola. El dolor aumentaba con cada respiración y con cada paso, liberando sangre caliente por la herida palpitante.

El sonido de los motores se fue alejando. Llevaba días a la fuga y mi mente se encontraba tan débil como mis piernas. El cazador siempre se cobra las presas agotadas y cansadas. Necesitaba descansar. El dolor ralentizó mi carrera hasta convertirla en un trote y, finalmente, en un paso lento. Entre los espesos árboles del bosque vislumbré unas ramas que ocultaban la entrada a un silo subterráneo. Me metí de un salto.

Bang.

emilia

La vergüenza es un depredador.

Descansaría un ratito. Porque tenía un ratito, ¿verdad? Me deslicé sobre la tierra fría y dura hacia el fondo del silo. El suelo tembló. Los soldados estaban cerca. Tenía que irme, pero estaba muy cansada. Fue una buena idea tapar con ramas la puerta del silo, ¿verdad? Nadie se aventuraría tan lejos de la carretera, ¿verdad?

Me calé hasta las orejas el gorro de lana rosa y me cerré bien el abrigo alrededor del cuello. A pesar del montón de capas que llevaba, el frío de enero mordía con ganas. Había perdido la sensibilidad en los dedos. Cuando giraba la cabeza, se me caían mechones de pelo; se había congelado y lo tenía pegado al cuello. Así que me puse a pensar en agosto.

Se me cerraron los ojos.

Y luego, de repente, se abrieron.

Había un soldado ruso en el silo.

Se inclinó sobre mí con una linterna y me tocó el hombro con una pistola.

Salté, retrocediendo desesperada.

–Fräulein. –Sonrió, contento al comprobar que estaba viva–. *Komme, Fräulein.* ¿Cuántos años tienes?

–Quince –murmuré–. Por favor, no soy alemana. *Nicht Deutsche.*

No me escuchó, o no me entendió, o le daba igual. Me apuntó con su pistola y me agarró por el tobillo.

–Chist, Fräulein. –Alojó el cañón de su arma bajo el hueso de mi barbilla.

Supliqué. Me llevé las manos a la tripa y rogué clemencia.
Él avanzó.
No. Esto no podía estar pasando. Aparté mi cara.
—Dispárame, soldado. Por favor.
Bang.

alfred

El miedo es un depredador.

Pero los guerreros valientes nos sacudimos el miedo de un manotazo. Nos reímos en la cara del miedo, lo alejamos de una patada, como a una piedra en la calle. Sí, Hannelore, compongo estas cartas primero en mi mente, pues no puedo abandonar a mis muchachos con tanta frecuencia como pienso en ti.

Estarías orgullosa de tu atento compañero, el marino Alfred Frick. Hoy he salvado a una joven de caer al mar. En realidad no hice gran cosa, pero ella estaba tan agradecida que me abrazó y no se quería soltar.

«Gracias, marino.» Su cálido susurro permaneció en mi oído. Era bastante guapa y olía a huevos frescos; son muchas las chicas hermosas y agradecidas. Pero no te preocupes. Tú y tu jersey rojo tenéis prioridad en mis pensamientos. Con cuánto cariño, incesantemente, pienso en mi Hannelore y en los días del jersey rojo.

Me alivia que no estés aquí para ver esto. Tu dulce corazón no podría soportar las arriesgadas circunstancias que vivimos aquí, en el puerto de Gotenhafen. En este mismo instante, custodio unos peligrosos explosivos. Presto un buen servicio a Alemania. Con apenas diecisiete años, demuestro más valor que otros que me doblan la edad. Se comenta algo sobre una entrega de medallas, pero estoy demasiado ocupado luchando por el Führer como para aceptar condecoraciones. Las medallas son para los muertos, les he dicho. ¡Tenemos que luchar mientras estemos vivos!

Sí, Hannelore, pienso demostrar a toda Alemania que hay un héroe en mi interior.

Bang.

Abandoné mi carta mental y me acurruqué en cuclillas entre las estanterías del almacén, confiando en que nadie me encontrara. No quería salir ahí fuera.

florian

Permanecí de pie en el silo, con la pistola apuntando al ruso muerto. La nuca se le había separado del cráneo. Lo aparté de encima de la mujer.

No era una mujer. Era una niña con un gorro de lana rosa. Y se había desmayado.

Hurgué en los bolsillos helados del ruso y saqué cigarrillos, una petaca, una salchicha grande envuelta en papel, su pistola y munición. Llevaba dos relojes en cada muñeca, trofeos arrebatados a sus víctimas. No los toqué.

En cuclillas cerca de un rincón del silo escruté la fría estancia en busca de restos de comida, pero no encontré nada. Guardé la munición en mi macuto, con cuidado de no rozar la cajita envuelta en tela. La caja. ¿Cómo algo tan pequeño podía ser tan valioso? Se habían librado guerras por mucho menos. ¿Estaba yo realmente dispuesto a morir por ello? Mordisqueé la salchicha seca, saboreando la saliva que se me formaba en la boca.

El suelo tembló ligeramente.

Este ruso no vendría solo. Habría más. Tenía que irme.

Quité la tapa de la petaca del soldado y me la llevé a la nariz. Vodka. Me desabroché el abrigo, luego la camisa, y me vertí el alcohol por el costado. La intensidad del dolor me hizo ver las estrellas. Mi carne desgarrada protestaba, contrayéndose y palpitando. Tomé aire, contuve un grito y torturé el tajo con el alcohol que aún quedaba.

La chica se revolvió en el suelo. Apartó la cabeza del ruso muerto. Sus ojos observaron la pistola a mis pies y la petaca en

mi mano. Se incorporó, parpadeando. El gorro rosa se le deslizó de la cabeza y cayó con sigilo sobre el barro. Tenía la manga del abrigo cubierta de sangre. Se llevó la mano al bolsillo.

Tiré la petaca y agarré la pistola.

La muchacha abrió la boca y habló.

Polaco.

emilia

El soldado ruso tenía la mirada fija en mí, la boca abierta, los ojos vacíos.

Estaba muerto.

¿Qué había pasado?

Acuclillado en un rincón había un joven vestido de civil. Tenía el abrigo y la camisa desabrochados, la piel ensangrentada y amoratada, de un violeta oscuro. Llevaba una pistola. ¿Iba a dispararme? No, él había matado al ruso. Me había salvado.

—¿Estás bien? —pregunté, casi sin reconocer mi voz.

Torció el gesto al oír mis palabras.

Era alemán. Yo, polaca.

No querría tener nada que ver conmigo. Adolf Hitler había declarado que los polacos éramos seres inferiores. Había que destruirnos para que los alemanes pudieran disponer del territorio que necesitaban para construir su imperio. Hitler decía que los alemanes eran superiores y no vivirían entre polacos. No éramos germanizables. Pero nuestro suelo sí lo era.

Saqué una patata del bolsillo y se la ofrecí.

—Gracias.

La tierra tembló un poco. ¿Cuánto tiempo habría pasado?

—Tenemos que irnos —le dije.

Intenté esforzarme por usar el mejor alemán que sabía. Las frases se formaban perfectamente en mi cabeza, pero no estaba segura de que salieran igual por mi boca. A veces, cuando hablaba alemán, la gente se reía y entonces me daba

cuenta de que había metido la pata. Bajé el brazo y me fijé en la manga de mi abrigo, salpicada con sangre rusa. ¿Se acabaría esto alguna vez? Las lágrimas se revolvieron en mi interior. No quería llorar.

El alemán me miró, con una mezcla de cansancio y frustración. Pero lo comprendí.

Sus ojos fijos en la patata decían: «Emilia, tengo hambre».

La sangre seca en su camisa decía: «Emilia, estoy herido».

Pero el modo en que agarraba su petate era lo que más cosas me decía:

«Emilia, no toques esto».

joana

Avanzamos con dificultad por la estrecha carretera. Quince refugiados. El sol finalmente se había rendido y enseguida bajó la temperatura. Delante de mí, Ingrid, una chica ciega, se agarraba a una cuerda atada a un carro tirado por un caballo. Yo podía ver, pero compartíamos una tara: las dos nos adentrábamos en un oscuro corredor de guerra sin ver lo que había delante. Quizá haber perdido la visión suponía una ventaja. La chica ciega era capaz de oír y oler cosas que para el resto de nosotros pasaban desapercibidas.

¿Oyó ella el último suspiro del anciano que cayó bajo las ruedas de un carro varios kilómetros atrás? ¿Sentía un sabor a moneda en la boca cuando caminaba sobre sangre fresca en la nieve?

—Desgarrador. Fueron ellos quienes la mataron —dijo una voz a mis espaldas.

Era el viejo zapatero. Me detuve para dejar que nos alcanzara.

—A la mujer congelada de ahí atrás —continuó— la mataron sus zapatos. No paro de repetirlo, pero nadie me hace caso. Unos zapatos mal hechos te torturan los pies, te impiden caminar. Te detienen. —Me apretó el brazo. Su cara tierna y colorada asomaba debajo del sombrero—. Y entonces, mueres —susurró.

El anciano solo hablaba de zapatos. Lo hacía con tanta pasión y emoción que una mujer de nuestro grupo lo rebautizó como «el poeta de los zapatos». La mujer desapareció un día después, pero el apodo perduró.

—El calzado siempre cuenta tu historia —dijo el poeta de los zapatos.

—No siempre —repliqué.

—Sí, siempre. Tus botas son caras, de buena factura. Eso me dice que provienes de una familia pudiente. Pero su hechura está pensada para una mujer mayor que tú. Eso me dice que probablemente fueron de tu madre. Una madre que sacrificó sus botas por su hija. De ahí deduzco que te quieren, bonita. Pero tu madre no está aquí, de ahí deduzco que estás triste, bonita. El calzado cuenta tu historia.

Me detuve en mitad de la carretera helada y contemplé al rechoncho zapatero que caminaba arrastrando los pies delante de mí. El poeta de los zapatos tenía razón. Madre se había sacrificado por mí. Cuando escapamos de Lituania, me llevó a Insterburg y, por medio de una amiga, me puso a trabajar en el hospital. Ya hacía cuatro años de aquello. ¿Dónde estaría Madre ahora?

Pensé en los incontables refugiados que caminaban hacia la libertad. ¿Cuántos millones de personas habían perdido su hogar y su familia en la guerra? Prometí a Madre que solo miraría al futuro, pero en secreto soñaba con regresar al pasado. ¿Alguien sabía algo de mi padre o de mi hermano?

La chica ciega alzó su rostro al cielo y levantó el brazo, como si señalara algo.

Entonces los oí.

Aviones.

florian

En cuanto salimos del silo la chica polaca empezó a llorar. Sabía que iba a abandonarla.

No tenía otra elección. Me ralentizaría.

Hitler quería destruir a todos los polacos. Eran eslavos, catalogados como inferiores. Mi padre decía que los nazis los habían asesinado a millones. Los intelectuales polacos fueron brutalmente ejecutados en público. Hitler había establecido campos de exterminio en la Polonia ocupada por los alemanes, derramando la sangre de judíos inocentes sobre suelo polaco.

Hitler era un cobarde. Eso era algo en lo que Padre y yo estábamos de acuerdo.

–*Proszę... bitte* –me suplicó, saltando del polaco a su pobre alemán.

No podía soportar mirarla, con aquellas manchas de ruso muerto que salpicaban las mangas de su abrigo. Comencé a alejarme mientras sus sollozos resonaban a mis espaldas.

–Espera. Por favor –me llamó.

El sonido de su llanto me resultaba dolorosamente familiar. Tenía exactamente el mismo tono que el de mi hermana pequeña, Anni, y los sollozos que oí por el pasillo el día que mi madre exhaló su último aliento.

Anni. ¿Dónde estaría ahora? ¿Se encontraría también en algún agujero oscuro de un bosque, con una pistola apuntando a su cabeza?

El dolor me rasgó el costado, obligándome a parar. Los pasos de la muchacha se acercaron rápidamente. Volví a caminar.

—Gracias —dijo, feliz, a mis espaldas.

El sol desapareció y el frío apretó su puño. Según mis cálculos, debía caminar otros dos kilómetros hacia el oeste antes de detenerme a pasar la noche. En una carretera había más posibilidades de encontrar un refugio, pero también de cruzarse con tropas. Era más inteligente continuar oculto tras la linde del bosque.

La chica lo oyó antes que yo. Me agarró del brazo. El zumbido del motor de los aviones surgió rápido y cercano. Los rusos estaban atacando a las tropas de infantería alemanas en los alrededores. ¿Estarían delante o detrás de nosotros?

Las bombas comenzaron a caer. Con cada explosión, los huesos de todo mi cuerpo temblaban y me martilleaban, estallando violentamente contra el campanario que era mi carne. El sonido del fuego antiaéreo retumbó en el cielo, en respuesta a las explosiones iniciales.

La chica intentó tirar de mí para que siguiera avanzando. La aparté de un manotazo.

—¡Corre!

Sacudió la cabeza, señaló hacia delante e intentó con torpeza arrastrarme sobre la nieve. Yo quería correr, olvidarme de ella, dejarla en el bosque. Pero entonces vi sobre la nieve las gotitas de sangre que caían por debajo de su abultado abrigo.

Y no pude.

emilia

Quería abandonarme. Solo se preocupaba por sí mismo.

¿Quién era ese muchacho alemán, con edad para estar en la Wehrmacht, pero que vestía de civil? Para mí era un conquistador, un caballero durmiente como los de los cuentos que me contaba mamá. Una leyenda polaca hablaba de un rey y sus valerosos caballeros, que permanecían dormidos en las cuevas de las montañas. Si Polonia corría peligro, los caballeros se despertaban y acudían al rescate.

Me dije que aquel hermoso muchacho era un caballero durmiente. Él siguió caminando, con la pistola en ristre. Se iba.

¿Por qué todo el mundo me abandonaba?

El enjambre de aviones disparaba allá, en lo alto. El zumbido en mis oídos me mareaba. Cayó una bomba. Y luego, otra. La tierra tembló, amenazando con abrir sus fauces y tragarnos.

Intenté alcanzarlo, ignorando el dolor y la vergüenza que ocultaba bajo mi abrigo. No tenía ni el tiempo ni el coraje para explicar por qué no podía correr. Así que me dije que debía caminar lo más rápido posible sobre la nieve. El caballero corría por delante, apareciendo y desapareciendo como una centella entre los árboles, agarrándose un costado, encogido de dolor.

Se me agotaban las fuerzas en las piernas. Pensé en los rusos acercándose, en la pistola sobre mi cuello en el silo subterráneo, y ordené a mis pies que se movieran. Andaba como un pato sobre una capa de nieve profunda. Entonces, de pronto, la dulce melodía de la nana que me cantaba mamá comenzó a sonar en mi cabeza.

*Todos los patitos con la cabeza en el agua
Cabeza en el agua
Todos los patitos con la cabeza en el agua
¡Ay, qué dulces patitos!
¿Dónde estarían ahora los patitos?*

alfred

—Frick, ¿qué estás haciendo?

—Reponiendo munición, señor. —Fingí estar manipulando algo en las estanterías.

—Esa no es tu tarea —dijo el oficial—. Se te necesita en el puerto, no en las estanterías de un almacén. Pronto se va a dar la orden. Tenemos que estar listos. Usaremos todos los barcos disponibles. Si nos quedamos atrapados aquí, un asesino de Moscú hará de ti su novia. ¿Es eso lo que quieres?

Ciertamente, no. No quería ver a las fuerzas soviéticas ni en pintura. Su historial de destrucción era extenso y profuso. Aldeanos aterrados contaban en las calles relatos de soldados rusos que llevaban collares hechos con dientes de niños. Y ahora el ejército ruso se dirigía hacia nosotros con sus aliados, América e Inglaterra, dando aire a las velas de Stalin. Tenía que subirme a un barco. Quedarse en Gotenhafen significaba una muerte segura.

—Te lo repito, ¿quieres ser una novia de Moscú? —ladró el oficial.

—¡No, señor!

—Entonces recoge tus cosas y ve al puerto. Recibirás más instrucciones una vez estés allí.

Esperé un momento, preguntándome si debería sisar algo del almacén.

—¿A qué estás esperando, Frick? ¡Sal de aquí, patética babosa!

Pues sí, Hannelore, el uniforme me queda bastante bien. Si tuviera tiempo, me sacaría una foto para que la pusieras en tu mesita

de noche. Pero, por desgracia, hay poco tiempo libre para los hombres valientes. Y, hablando de heroísmo, parece que pronto me van a ascender.

Sí, cariño, puedes contárselo a todos en el barrio.

joana

El pequeño vagabundo encontró un granero desierto un poco apartado de la carretera. Decidimos pasar allí la noche. Llevábamos días caminando y tanto las fuerzas como la moral decaían. Teníamos los nervios a flor de piel por las bombas. Fui pasando de un cuerpo a otro, curando ampollas, heridas, congelaciones. Pero no tenía ningún remedio para lo que más atormentaba a la gente.

El miedo.

Alemania había invadido Rusia en 1941. Durante los últimos cuatro años, los dos países habían cometido atrocidades tremendas, no solo el uno contra el otro, sino también contra los civiles inocentes que encontraban en su camino. Aquellos con los que nos cruzábamos en la carretera murmuraban historias. Hitler estaba exterminando a millones de judíos, y tenía una creciente lista de indeseables a los que se asesinaba o detenía. Mientras, Stalin masacraba a la gente de Polonia, Ucrania y los países bálticos.

La brutalidad era espeluznante. Ignominiosos actos de crueldad. Nadie quería caer en manos del enemigo. Pero resultaba cada vez más difícil distinguir quién era el enemigo. Unos días atrás, un anciano alemán me dijo en un aparte:

«¿Tiene algún veneno? Hay gente que lo pide.»

«No pienso administrar venenos», repuse.

«Lo entiendo. Pero usted es una mujer hermosa. Si caemos en manos del ejército ruso, será mejor que tenga algo de veneno a mano.»

No estaba segura de cuánto había de exageración y cuánto de realidad. Pero había visto cosas. Una chica, muerta en una zanja, con la falda levantada. Una anciana lamentándose porque habían quemado su casa. El terror estaba ahí fuera. Y nos perseguía. Así que corríamos rumbo al oeste, hacia la zona de Alemania que seguía sin estar ocupada.

Y ahora nos encontrábamos todos en un granero abandonado, intentando hacer un fuego para calentarnos. Me quité los guantes y me froté las manos agrietadas. Había trabajado cuatro años con el cirujano del hospital de Insterburg. Mientras la guerra arreciaba y el personal se reducía, yo pasé de almacenar suministros a ayudarle en las operaciones.

«Tienes el pulso firme, Joana, y mucho estómago. Se te dará bien la medicina», me había dicho.

Medicina. Ese había sido mi sueño. Era estudiosa y entregada, quizá en exceso. Mi último novio decía que prefería los estudios a él. Sin darme tiempo a demostrarle que no era cierto, se buscó a otra chica.

Intenté calentarme los dedos, rígidos por el frío, con un masaje. Las manos no me preocupaban, pero las provisiones sí. No quedaban muchas. Esperaba que la mujer muerta en la cuneta tuviera algo —hilo, té, incluso un pañuelo limpio—. Pero ya no quedaba nada limpio. Todo estaba manchado.

En especial, mi conciencia.

Todos alzamos nuestras cabezas cuando entró en el granero un joven armado con una pistola, seguido de una muchacha rubia con trenzas y un gorro rosa. Se les veía demacrados. La cara de la chica estaba colorada del esfuerzo. El rostro del joven también estaba encendido.

Por la fiebre.

florian

Otros se nos habían adelantado. Había una colección de carros cochambrosos y desvencijados agrupados detrás de la maleza, un crudo retrato de la marcha hacia la libertad. Hubiera preferido un lugar abandonado, pero era consciente de que no podía continuar. La chica polaca me tiró de la manga.

Se paró en mitad de la nieve para observar lo que había en el exterior del granero y evaluar los objetos y a quién podrían pertenecer. No había evidencias de presencia militar.

—Creo que está bien —dijo, y entramos.

Un grupo de quince o veinte personas se acurrucaba alrededor de un pequeño fuego. Sus caras se volvieron cuando entré y me quedé junto a la puerta. Madres, niños y ancianos. Todos agotados y deshechos. La chica polaca fue directa a un rincón vacío y se sentó, cruzando sus brazos sobre el pecho. Una mujer joven se acercó a mí.

—¿Estás herido? Tengo formación médica.

Su alemán era fluido, pero no era nativa. No contesté. No quería hablar con nadie.

—¿Tienes algo de comida para compartir? —me preguntó.

Lo que yo tuviera no era asunto de nadie.

—¿Ella tiene comida? —insistió, señalando a la chica polaca, que se mecía en una esquina—. Su mirada parece un poco ida.

Hablé sin mirarla:

—Estaba en el bosque. Un ruso la tenía acorralada. Me ha seguido hasta aquí. Tiene un par de patatas. Ahora, déjame en paz —dije.

La joven se estremeció ante la mención del ruso. Se apartó de mí y se dirigió rápidamente hacia la chica.

Encontré un rincón solitario lejos del grupo y me senté. Apoyé mi macuto en la pared del granero y me recosté con cuidado sobre él. Estaría más caliente si me sentaba cerca del fuego con los demás, pero no podía arriesgarme. Nada de conversaciones.

Comí un trocito de la salchicha del ruso muerto y observe cómo la joven intentaba hablar con la chica del bosque. Los otros la llamaban para pedirle ayuda. Debía de ser enfermera. Parecía unos años mayor que yo. Era guapa. Una belleza natural, de las que siguen siendo atractivas, o lo son aun más, cuando están sucias. Todos en el granero estaban sucios. El tufo a agotamiento, a vejigas descontroladas y, sobre todo, a miedoapestaba más que cualquier ganado. En mis tiempos en Königsberg, se me hubieran ido los ojos detrás de la enfermera.

Cerré los ojos. No quería mirar a aquella chica guapa. Necesitaba ser capaz de poder matarla, de matarlos a todos, si me viera obligado a hacerlo. El cuerpo me suplicaba que durmiera, pero la cabeza me advertía que no confiara en esa gente. Sentí un codazo a mis pies y abrí los ojos.

—No me dijiste que era polaca —comentó la enfermera—. ¿Y el ruso? —preguntó.

—Ya me ocupé de él —respondí—. Necesito descansar.

Se arrodilló a mi lado. Casi no podía oírla.

—Lo que necesitas es enseñarme esa herida que intentas ocultar.